

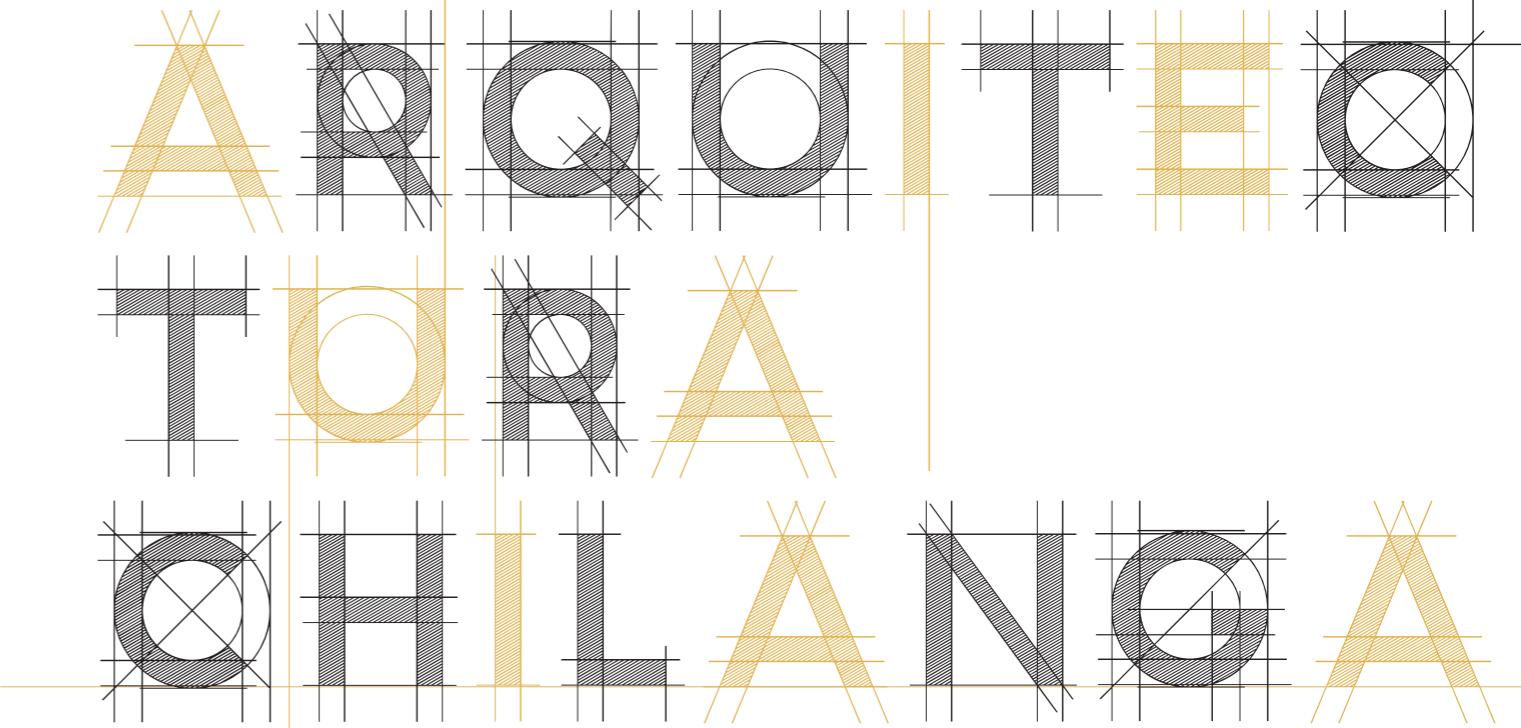
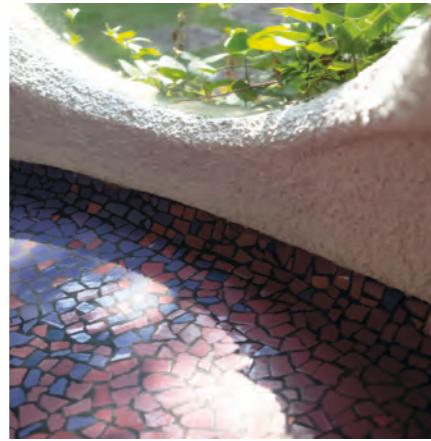
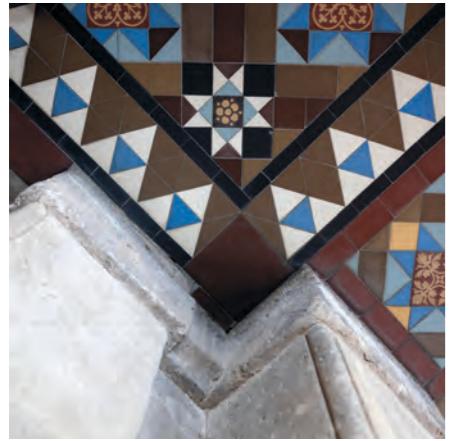
chilango

revista

ARQUI

TECTURA

CHILANGA



UN RECORRIDO POR EL SINCRETISMO –O DIÁLOGO– ARQUITECTÓNICO DEL SIGLO XX.

POR: EMILIANA PARIENTE. FOTOS: ENRIQUE MEDINA

LA ARQUITECTURA PRODUCE FORMAS Y EN ESO SE PARECE a la escultura. Pero la arquitectura, además, es habitable. Xavier Guzmán Urbina –historiador, arquitecto y autor de *Juan Segura: Un arquitecto mexicano en la construcción de la modernidad del siglo XX*, entre otros libros– es enfático al compartir esa premisa.

Me la dijo en uno de los espacios comunes del recientemente remodelado Edificio Ermita, un clásico de los años 1930, de los primeros en su estilo multifuncional, diseñado y proyectado por el mismo arquitecto que protagoniza su obra y al que le dedicó tantos años de estudio.

En esa habitabilidad, que es la que hace que la disciplina arquitectónica –dotada de humanidad– tome en cuenta factores de carácter social, orientación, sustentabilidad, medioambiente y contextos locales, se encuentra la gran diferencia entre una creación cuyo fin es su valor estético y decorativo, y una que, además de eso, tiene una función social.

Es ahí donde hay que poner el acento, dice Guzmán, porque así entendemos la arquitectura como una secuencia en desarrollo –no necesariamente lineal– que se nutre de la integración de elementos, corrientes, estilos, tendencias y necesidades humanas, y por lo mismo un proceso que viene a solucionar un problema y que no se puede separar del contexto geográfico y sociopolítico en el que se desenvuelve.

Para hablar de la arquitectura que se desarrolló en la Ciudad de México durante el siglo XX, entonces, hay que tomar en cuenta que a finales de 1800 y principios de 1900, el país se encontraba en plena dictadura de Porfirio Díaz, quien estuvo en el poder desde 1876 hasta que estalló la Revolución Mexicana en 1910. La llamada Paz Porfiriana, el intento de Díaz por hacer de la Ciudad de México un foco económico y social, sus ganas de proyectar y posicionar el país hacia fuera como un referente de estabilidad política, así como su profunda admiración –y gran tendencia

aspiracional– por todo lo que producía Francia (potencia cultural del momento), sumado a un arribismo ostentoso generalizado y el valor que ciertas clases sociales le atribuían a todo lo que venía desde afuera, sentaron las bases para que a finales del siglo XIX y principios del XX, la arquitectura tomara otro rumbo.

Y si hasta entonces la matriz interpretativa, en términos estéticos y culturales, había sido la fusión entre la cultura prehispánica y la colonial, en el porfiriato se incorporaron las visualidades –y sus bagajes asociados– de corrientes que se estaban desarrollando en Europa. El resultado, que se dio de manera progresiva, fue una suerte de implementación de estilos foráneos adaptados a la realidad local. Un *art nouveau*, por ejemplo, inspirado en el que ostentaban las edificaciones de Francia, pero con elementos característicos de un territorio, un paisaje y cosmovisión totalmente diferentes.

A esto, como explica el historiador de arte especialista en arquitectura mexicana del siglo XX, Uriel Vides, se le suma la llegada de la modernidad y las ganas, por parte del régimen de Díaz, de hacer ostento de tal, incluso cuando eso implicaba un aumento en las desigualdades sociales, una represión incisiva hacia los grupos subversivos, un centralismo cada vez más notorio y con eso, por supuesto, un abandono y marginación absoluta de las poblaciones vulnerables que estuvieran fuera del eje central. “Una modernidad excluyente, arrasadora y, como pasó en todas las ciudades de Latinoamérica, para unos pocos”, dice.

Por ese entonces, lo que constituía la Ciudad de México se limitaba a la zona que hoy en día conocemos como la central. Al norte el límite se encontraba en la colonia Peralillo; al sur, en la colonia Obrera; al poniente, Chapultepec; y en el oriente, la zona de Lecumberri, que alberga el Archivo General de la Nación. La mayoría de las edificaciones que se idearon en ese periodo, se realizaron dentro de ese eje. Solo después de la fase armada de la Revolución, con el aumento de los vehículos y los planes urbanos con miras hacia el futuro, la ciudad se empezó a expandir hacia las zonas que en algún minuto fueron periferia, como Coyoacán y Tacubaya.

Pero esa época también es la que marca el inicio del proceso de configuración del Estado nación y, con eso, la constitución de una identidad nacional que se pudiera proyectar –y exportar– hacia el resto del mundo. “Es el momento en el que se constituye un sentido de nacionalismo e



identidad, y hay un afán de la clase en el poder de mirar hacia Europa y construirla en función de lo que ven ahí”, dice Vides. “A su vez, surge una corriente paralela, promulgada también por el gobierno, que se basa en el interés y rescate de la cultura, el arte y la arquitectura prehispánica y colonial, estilos historicistas que dan paso a propuestas neocoloniales y neoprehispánicas que se mezclan con todos los estilos que estaban en boga en el resto del mundo. Y digo ‘neo’ porque no se trata de un resurgimiento tal cual de lo que hicieron los pueblos originarios antes de la conquista, ni tampoco de lo que se hizo en la conquista, sino que una adaptación de eso al presente”.

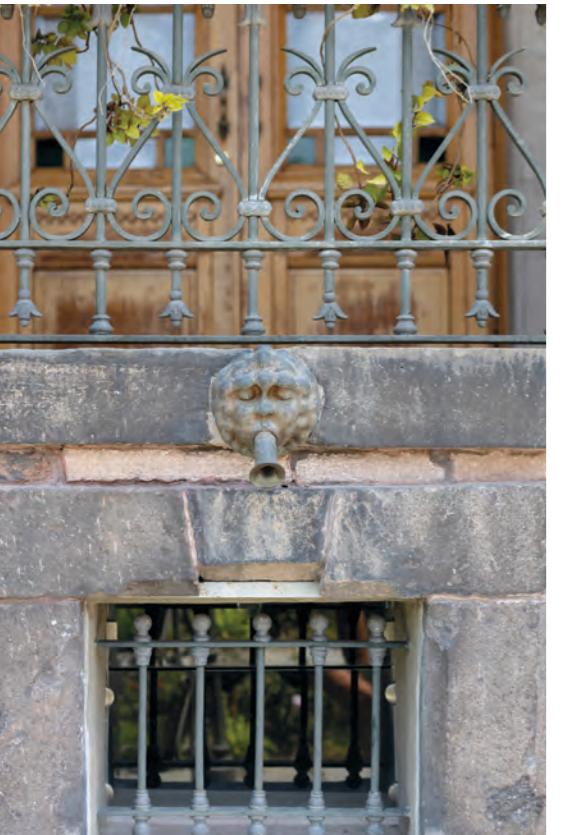
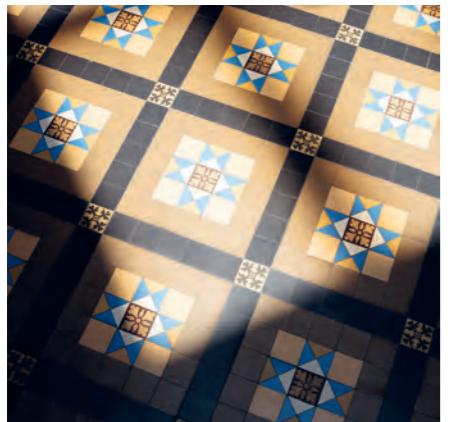
En esa intersección –que considera también a la revolución, el periodo de Reconstrucción Nacional que vino después, el flujo migratorio en aumento, la modernidad para algunos y las problemáticas que surgen, a nivel internacional, luego de las guerras mundiales– aparece un estilo único, un estilo ecléctico, incluso. O, como dice Vides, un diálogo entre distintas tradiciones.

“Ese diálogo se ve, por ejemplo, en el monumento a Cuauhtémoc, en el Paseo de la Reforma. A primera vista, parece un mausoleo europeo, por su estructura de hierro, sus formas y los frisos que recuerdan a los grecolatinos. Pero es obra de Francisco M. Jiménez y se inauguró en 1887 como una muestra, justamente, del neoindigenismo promovido por Díaz”.

Este recorrido –que no pretende plantear que un estilo arquitectónico le corresponde a una sola época o generación– es un acercamiento a los eventos y transiciones que dieron paso a que los arquitectos, urbanistas, diseñadores y constructores del siglo XX, empezaran a proyectar obras en la ciudad tomando en cuenta otros factores y la incidencia de tal en la configuración urbana y social de un determinado territorio. Así como también un desglose de ciertos elementos de corrientes extranjeras que dialogaron, en ese momento, con los elementos ya característicos del contexto local.

En algunos casos, esas tendencias se incorporaron hasta reemplazar a las anteriores. Pero en muchos otros casos, convivieron. Una conciliación que perduró y que dio paso a un sincretismo arquitectónico. “Más que hablar de estilos rígidos podríamos entender la arquitectura como una transición generacional. Hay generaciones que confluyen en el mismo tiempo y espacio, y trabajan con muchos lenguajes arquitectónicos”, dice Vides.

Arquitectura ecléctica: Confluencia de lenguajes



ESTA CORRIENTE, QUIZÁS LA MÁS COMÚNMENTE asociada al porfirato (finales del XIX y principios del XX) y al afán modernizador de la época, es el resultado de la fusión de estilos provenientes de Europa, como el *art nouveau*, con elementos prehispánicos. Una unión como explica Vides, que perduró hasta la década de los años 1930, pese a los esfuerzos del gobierno de favorecer el estilo neocolonial.

La **Casa Antonieta Rivas Mercado**, diseñada y construida entre 1893 y 1897 por el arquitecto Antonio Rivas Mercado, en la colonia Guerrero (calle Héroes 45), es uno de los emblemas del estilo. Sus columnas dóricas, robustas, sin adornos y muy propias de la arquitectura griega antigua, se mezclan armónicamente con otros elementos clásicos, como los balaustres renacentistas de la terraza, y con elementos prehispánicos que adornan las pilastras.

A esta conciliación de lenguajes se le suman los azulejos y frisos moriscos que adornan la fachada; el estilo victoriano de las puertas; las ventanas góticas; el pigmento rojizo de los muros exteriores; un complejo sistema diseñado por el mismo arquitecto para absorber el sonido de las lluvias en las láminas metálicas que recubren algunas habitaciones; y más de 50 mil mosaicos encáusticos manufacturados en Inglaterra con 90 diseños diferentes, que aún se preservan en la casa.

Y es que Rivas Mercado, cuya obra más conocida es la Columna de la Independencia, empezó su búsqueda arquitectónica mezclando el estilo morisco con el *art nouveau*, luego de un viaje a Italia. Su casa –su proyecto más íntimo–, presenció la caída de la dictadura de Díaz y el estallido de la Revolución. Mientras muchas de las viviendas vecinas fueron destruidas, esta sobrevivió e incluso logró contemplar el periodo de la reconstrucción. En 1935, luego de ser el refugio de la familia, la casa se convirtió en una escuela internado. Hoy, además de ser uno de los grandes legados del porfirato y de la arquitectura ecléctica, es un museo y centro cultural abierto a las visitas del público.

“Se habla de arquitectura porfiriana como si fuese un estilo en sí mismo, pero en realidad es un guiño a ese periodo histórico en el que hay muchos revivals, mezclas, arquitectos extranjeros muy bien evaluados y que no le temen a la experimentación. Por eso uno de los legados de la época es la arquitectura ecléctica. El Palacio de Correos, si lo vemos por fuera, puede ser muchas cosas; algunos especialistas dirían que es góticoo isabelino, pero en realidad la fachada tiene elementos platerescos, muy propios del siglo XV en España y, por lo mismo, muy propios de Latinoamérica. Pero lo que delata que es del siglo XIX es la presencia del hierro y ciertos elementos decorativos como las lámparas, las escaleras y el elevador”, dice Uriel Vides.



Art nouveau: El estilo de la modernidad



FRANCIA SE VUELVE UNA DE LAS PRINCIPALES potencias culturales a finales del siglo XIX y su impronta, marcada por el recientemente consolidado estilo del *art nouveau* (arte nuevo), un referente a seguir.

En la medida que el movimiento –que se consolida entre 1890 y 1910 con la intención de crear una visualidad transversal a todas las artes que hiciera alarde de los avances de la industrialización y la modernidad– se empieza a implementar en el resto de Europa y Estados Unidos, aquí en México, Porfirio Díaz aspira a divulgarlo lo más posible, como señal de progreso y cercanía al resto del mundo. Y eso se puede ver hasta el día de hoy en varias colonias de la ciudad, entre ellas la Roma Norte, donde en 1916 se construyó la Casa Prunes, emblema del estilo.

Y es que su fachada es de las más representativas de la corriente; fuera de los barrotes verticales, todo lo demás está proyectado en líneas siniuosas, curvas y onduladas, aludiendo a las formas propias de la naturaleza. Así se puede ver en los marcos de las puertas y las ventanas, unas molduras de piedra ondulada que carecen completamente de líneas rectas. Así también en los elementos orgánicos, las plantas y las flores que decoran la fachada y en el uso de formas asimétricas para la composición general. Muy distintas, por lo demás, a las formas de las edificaciones neoclásicas vecinas, y a las estructuras, simetrías y linealidades tan aplicadas en las corrientes racionalistas que surgieron después, en el periodo de postguerra.

Esta casa, que fue remodelada en el 2006, hoy alberga el restaurante y bar **Casa Prunes**.

ELEMENTOS DEL ART NOUVEAU

Heredera del barroco y del romanticismo, la base del diseño de esta corriente es la línea curva, las figuras asimétricas y el alarde decorativo. Así mismo, el uso de recursos artísticos aplicados a la arquitectura, tales como la herrería, el aplano de superficies para obtener un acabado uniforme, la carpintería en elementos decorativos y el uso de mosaicos.

En Casa Prunes no solo se disfruta de la arquitectura, también de la coctelería (es el bar 94 en los 50 Best Norteamérica) y de la gastronomía. Lo más nuevo es el *brunch* sabatino. Encontrarás *toast* con pan de masa madre como el de cochinita pibil; huevos a la cazuela; chilaquiles verdes o de achiote y habanero; burrito de arrachera o un *croissant* con chilaquiles de salsa chiltepín con pollo empanizado. Obvio hay mimosas y spritz. El *brunch* está los sábados de 11 a 16 horas, "All You Can Eat & Drink" por \$950 o servicio a la carta.



PERÍODO ENTRE GUERRAS: DEL ART NOUVEAU AL ART DÉCO

Uno de los edificios representativos de esta transición es el Palacio de Bellas Artes, en el Centro Histórico de la ciudad, cuya construcción empezó en 1904 a cargo del arquitecto italiano Adamo Boari, uno de los predilectos de Porfirio Díaz. En un principio, Boari diseñó la estructura y el exterior siguiendo los lineamientos del *art nouveau*; el diseño de las herrerías y los elementos decorativos de los arcos, esculpidos en mármol importado de Carrara, Italia, son un claro ejemplo. Pero la construcción fue interrumpida por la Revolución y se retomó recién en la década de los años 1930, liderada esta vez por el arquitecto mexicano Federico Mariscal, quien terminó el interior priorizando un estilo sobrio –menos recargado que la fachada–, de líneas rectas y mármoles de distintas canteras locales.

Es esto lo que marca la diferencia; en un periodo de postguerra, el ostento y la estética recargada del *art nouveau*, junto a sus líneas onduladas y formas asimétricas, se ven desplazadas por una tendencia hacia lo austero y lo funcional, muy propia del *art déco*. Y es que, mientras el *art nouveau* se basaba en un ostento y exceso decorativo para hacer alarde de los avances de la modernidad, el estilo predominante después de la Primera Guerra Mundial se vuelca a lo práctico, a lo sobrio y lo racional.

"Mariscal promulgaba el estilo neocolonial, pero estos arquitectos no estaban peleados con los estilos, experimentaron con varios al mismo tiempo. El interior del Bellas Artes es un claro ejemplo del *art déco*, pero a su vez, dentro del teatro hay un vitral que parece de la escuela de la Secesión Vienesa y un telón que se hizo en la Casa Tiffany de Nueva York. Todas estas influencias conviven", explica Vides.

Art déco: La austерidad por sobre el exceso

ESTA CORRIENTE DEL SIGLO XX —QUE SE desarrolla en Europa en un periodo de posguerra y en México entre los años 1920 y 1950, después de la Revolución— también es parte del legado del porfiriato. Como explican los historiadores, la Revolución Mexicana sirve para romper con ciertas estructuras y tradiciones atrofiadas, pero no implica necesariamente un quiebre absoluto con el pasado.

Edificio Ermita; Cómo un proyecto multifuncional puede cambiar la vocación de una zona

Dice Xavier Guzmán Urieta, autor de *Juan Segura: Un arquitecto mexicano en la construcción de la modernidad del siglo XX*, que para entender desde dónde surge la visión del **Edificio Ermita**, construido entre 1929 y 1936 en la intersección de las avenidas Jalisco y Revolución, en la zona de Tacubaya —por ese entonces una zona aledaña a la ciudad, bañada por ríos—, hay que conocer a su arquitecto.

Guzmán Urieta conoció a Juan Segura y lo recuerda tímido, simpático y salvaje. Pero no fue hasta que supo —años después y a través de un archivo fotográfico que le compartió su familia— que patinaba sobre hielo, andaba en moto y le robaba el auto a su padre cuando tenía apenas nueve años, que entendió la audacia que había detrás de cada una de sus decisiones.

El encargo se lo hizo la fundación de la familia Mier y Celis / Pesado, una de las más acaudaladas de la época —cuyas riquezas provenían de múltiples fuentes—, y las instrucciones fueron claras: La fundación se había constituido en 1917, no quedaban descendientes de la familia y había un terreno de 33 mil metros cuadrados (similar al tamaño de la Alameda Central) que tenía que generar ingresos para poder cumplir las funciones sociales y de beneficencia pública que la familia había pretendido para la fundación.

Había dos tendencias que se habían modulado a partir de la Revolución y la posterior Reconstrucción Nacional. Por un lado, estaba el potente discurso social del Estado, que buscaba mayor igualdad, inclusión, derechos sociales básicos y progreso democratizado, y por otro, un discurso que planteaba la necesidad de activar la iniciativa económica desde el sector privado. La fundación buscaba que confluieran ambas.



ELEMENTOS DEL ART DÉCO PRESENTES EN EL ERMITA

- Tanto las puertas, como sus vitrales de vidrios coloridos y los barandales del interior son característicos de este estilo mayormente geométrico y focalizado en el uso de las líneas rectas.
- Para rematar horizontalmente la fachada principal —de línea vertical—, Juan Segura diseñó y posicionó dos alerones de referencia aerodinámica a cada lado del edificio. Seguramente un guiño a su interés por los aviones.
- Las tres entradas principales siguen una forma abocinada —un recurso arquitectónico y geométrico característico de la época— con un vano mayor hacia afuera que se reduce en la medida que se avanza para llegar al acceso.
- El uso abundante de granito artificial en guardapolvos, ménsulas, remates y detalles decorativos también es propio de este estilo.



Fue así como un área que hasta entonces había sido mayormente de casas de recreo de familias ricas, se convirtió en una zona comercial y de rentas. ¿Para qué?, para que así, con ese capital, pudieran funcionar los hospitales homeopáticos, la Escuela de Niños de Coyoacán, el Asilo Mier y Pesado en Orizaba y muchas otras iniciativas público-privadas.

A nivel internacional, los años 1920 fueron los que vieron la gestación del Constructivismo Soviético, cuyo foco estaba puesto en la funcionalidad y la geometría (con Konstantin Mélnikov como gran referente); en paralelo se desarrollaron en Viena las propuestas –de un purismo absoluto– de Josef Hoffmann, miembro clave de la Secesión Vienesa; y Le Corbusier ya llevaba cuatro años construyendo.

En 1925, además, se llevó a cabo en París la Exposición Internacional de Artes Decorativas, impulsada por el gobierno francés para develar el nuevo estilo moderno que atravesaba tanto a la arquitectura como al arte, la decoración de interiores, la joyería, la vestimenta y los muebles. Por último, tanto en Francia como en Italia, ya se habían construido los primeros edificios multifuncionales, que proponían más que solamente una solución a los problemas de vivienda.

Así, en un vértice del lote, se proyectó el Edificio Ermita, construido en verticalidad, con una planta baja comercial y viviendas de distintos tamaños y formatos que se orientaron tanto en la punta del ángulo como en las partes que se extendían. Espacios que en un principio fueron concebidos sin cocina –los primeros *lofts*, como dice Urbieta– y que iban desde los 32 a los 116 metros cuadrados. “Y a eso, se le suma un cine. ¿Qué se necesita para un cine? Tener isóptica y un cono para que la atención esté focalizada en un punto. Un triángulo con una sección cortada en su vértice menor. Justo lo que se podía dar en esa esquina”, dice Guzmán Urbieta.

Este remate metropolitano, que le cambia la vocación a la zona y que marca un precedente –no había en esa época un edificio con planta baja comercial y siete niveles de altura–, tiene una razón de ser. “No se trata de una puntada, hay una lógica detrás de todo esto” –dice el historiador y arquitecto– “y si la cubierta del cine está en un quinto piso, pues se hace algo con eso. ¿Qué tal si le ponemos las viviendas alrededor y lo transformamos en un patio interior?”.

“Yo venía para acá de niño y veía cómo los vecinos de este edificio jugaban fútbol en ese patio. Los otros miraban desde el piso seis y el piso siete, como si fueran tribunas. Es eso lo que define el espíritu de este tipo de visiones; un problema se transforma en una virtud”.



Funcionalismo: ¿Vivienda colectiva o expulsión social?

OTRA DE LAS CORRIENTES ARQUITECTÓNICAS que surge en la década de los años 1920, es el funcionalismo. En México, como en muchos otros países del mundo, su origen se encuentra en la búsqueda de respuestas prácticas y humanas para las demandas sociales más inmediatas de la época.

En un principio, las que deja en evidencia la Revolución, y luego, en la medida que pasan los años y que se instaura la supuesta modernidad –con los avances y retrocesos que eso implica–, las que nacen a partir del aumento de la desigualdad social y económica.

“El funcionalismo se aplica primero en zonas ‘periféricas’; se hacen casas para obreros, escuelas, hospitales. Luego, y con más frecuencia en los años 1940, 1950 y 1960, se empiezan a construir viviendas colectivas y conjuntos habitacionales y multifamiliares grandes”, explica Vides.

El primero fue el **Centro Urbano Presidente Alemán (CUPA)**, construido en 1949 por el arquitecto Mario Pani y bajo el encargo de la Dirección General de Pensiones Civiles. El conjunto habitacional, que fue el primer multifamiliar en el país, está ubicado en la colonia Del Valle, al sur de la ciudad, sobre unos 40 mil metros cuadrados y con infraestructura y servicios para más de 1,000 departamentos distribuidos en seis edificios altos y otros seis de menor tamaño.

El conjunto, que dio paso a la primera aplicación de los lineamientos propuestos por el funcionalismo de Le Corbusier –y que se basó en el diseño de la Ciudad Radiante de Marsella–, buscaba resolver de manera humanista las problemáticas de vivienda de las poblaciones históricamente marginadas. El afán desde un principio, como explica Vides, fue el de resolver las demandas sociales más urgentes.

Por eso, en sus proyecciones, Pani incorporó el modelo en zigzag de Le Corbusier para modular una unidad habitacional integradora y resolutiva, que contara con espacios verdes, locales comerciales, guardería infantil, auditorios, albercas y cine.



Ya en la década de los años 1950, el estilo funcionalista, su practicidad –como lo dice el nombre– y sus exponentes en el escenario local, entre ellos el mismo Mario Pani, José Villagrán García y Juan O’Gorman, se habían tomado gran parte del Centro Histórico. La Torre Latinoamericana, cuya construcción empezó en 1950 y que ahora es un hito de la arquitectura moderna, es un ejemplo de eso.

Afuera, el funcionalismo triunfó en la segunda mitad del siglo XX como la arquitectura de la posguerra y el estilo por el cual Europa se reconstruyó, poniendo el énfasis en las propuestas de viviendas colectivas diseñadas por Le Corbusier.

¿Pero cuál fue el alcance social de estos megaproyectos?

Para Uriel Vides, en muchos casos la búsqueda fue la de adaptar el sentido funcionalista al contexto local, incorporando también un sentido nacionalista y con perspectiva de la realidad del país. Un funcionalismo distinto al que se veía en Europa, ese más gris, lineal, cúbico. “La casa-estudio de Frida Kahlo y Diego Rivera es un ejemplo de una construcción funcionalista pero con elementos locales; el color de la fachada y las rejas de cactus dan cuenta de eso”, dice.

Pero, en otros casos, su alcance es cuestionable. “Estos proyectos de desarrollo urbano y el imaginario que tenemos de la modernidad, ya sea a través de grandes conjuntos habitacionales, hospitales y centros sociales y recreativos, se hicieron en el contexto del régimen del PRI, que fue el partido que gobernó durante gran parte del siglo. Para la época, eran proyectos revolucionarios, porque también tenían que ver con el Estado de Bienestar que se fue desarrollando en el mundo occidental después de las guerras mundiales, pero con el tiempo nos dimos cuenta que no resolvieron el problema de vivienda, ni tampoco de exclusión social”, dice Vides. “Los que aspiraban a tener un departamento ahí eran burócratas, no las poblaciones vulnerables. Así mismo, el caso de Tlatelolco, de Mario Pani, fue un proyecto cuya construcción implicó una ‘barriada’ –para usar el término de la época– que intentó acabar con los cinturones de pobreza que se encontraban ahí”.

¿A dónde fueron a parar esas personas?, esa es la gran pregunta según Vides. “Ciertamente no accedieron a los departamentos del recién inaugurado conjunto. Hay que tener en cuenta que nuestras ideas de la modernidad, en muchos casos, se construyeron a partir de proyectos de limpieza y expulsión social”.

Brutalismo a la mexicana



PARA LA ARQUITECTA CHILENA RADICADA EN Ciudad de México, Sofía Oyarzún, es clave entender que las corrientes arquitectónicas que se desarrollaron en el siglo XX se pueden haber implementado en distintas regiones y países, pero nunca de una manera totalmente uniformada. En cada una de esas localidades, más bien, la corriente se adaptó al contexto local.

Y es que no tiene sentido que una tendencia que se desarrolló tomando en cuenta las particularidades y demandas de un determinado territorio se replique a cabalidad en un territorio totalmente distinto. “En un país cálido, colorido y con tanta predominancia del trabajo artesanal y lo hecho a mano, es raro implementar un brutalismo gris, frío, de estructuras cúbicas de hormigón, que siga la línea del brutalismo que se hizo afuera y sin considerar los elementos propios del ecosistema local”, dice.

Como explica, la arquitectura brutalista –esa que se originó en 1950 y que solemos asociar a las construcciones soviéticas y europeas creadas en la postguerra, así como al uso de hormigón crudo, geometrías audaces y un diseño que prioriza la funcionalidad por sobre el ostento decorativo– también se divulgó en México. Especialmente por los vínculos y la cercanía política, social y cultural que siempre existió entre la Unión Soviética y México.

Pero eso no quiere decir, por ningún motivo, que ese brutalismo que se implementó aquí es igual al que se implementó en Europa, en Rusia ni tampoco en el resto de Latinoamérica.

“Es un brutalismo adaptado, y no solamente una réplica de un vaciado enorme de hormigón. La arquitectura brutalista de todos lados comparte la monumentalidad, y México no es la excepción, sobre todo porque esa monumentalidad existía aquí desde antes de la conquista. Pero a esa característica, se le da una vuelta más orgánica y cercana a la cultura local”, dice Oyarzún.

Ejemplos de eso, como menciona la arquitecta, son los edificios como El Banco Nacional de México, el Museo Tamayo y el Auditorio Nacional (todos de Teodoro González de León y Abraham Zabludovsky), que tienen una terminación martelina hecha a mano –para crear una textura rugosa en la fachada– y que siempre integran algún detalle decorativo de la simbología mexicana.

Otros ejemplos de esta integración, son las obras de Alberto Kalach, entre ellas la Biblioteca Vasconcelos, el proyecto del Parque Texcoco y el edificio en Roma Norte que hoy alberga el **Bar Form + Matter (FO+MA)**, cuya propuesta –que no se exime del lugar en el que está ubicado– combina diseño y coctelería, además de una estética industrial con vegetación y un enfoque funcionalista.

Así mismo ocurre con los diseños de Luis Barragán, que siguen una visualidad y lógica modernista, pero con el foco puesto en los colores, en el uso del agua, y en lo que aparece entre los reflejos lumínicos y los juegos de luces. “También lo vemos en lo que hace Pedro Ramírez Vázquez con la Nueva Basílica de Guadalupe. Ese ejemplo es osado porque no solo desarrolló una propuesta brutalista, sino que la aplicó a una basílica en un país totalmente conservador y religioso, en donde las catedrales, históricamente, se han construido en estilos más clásicos y coloniales” –dice Oyarzún–. “Eso fue muy rupturista para la época; que una de los espacios religiosos más importantes de la ciudad fuera proyectado en un edificio gigante y redondo y no siguiendo la estructura tradicionalmente asociada a las catedrales”.

Uriel Vides agrega que, de todas maneras, lo que terminó imperando en México fue el modelo capitalista, aunque en distintos momentos del siglo XX se intentó empujar una agenda social y progresista. Por lo mismo, es difícil dar con el brutalismo que se desarrolló en otros países cuya intención política y social era otra.

ARQUITECTURA RARA: LUJO, APARIENCIAS Y SUEÑOS ABANDONADOS

La arquitectura rara que se desarrolló en la Ciudad de México en el siglo XX se da justo en la intersección entre la herencia colonial, las ganas de hacer ostento de la abundancia en un momento de supuesta estabilidad económica, y el excentricismo y eclecticismo propios de la época. Como corriente, se desenvolvió de manera paralela a las otras mayormente consolidadas que se fueron implementado a lo largo de 1900. Pero esta, que hace alarde de edificaciones excepcionales, es difícil de ubicar en un único contexto.

Un ejemplo es el Hotel Posada del Sol, cuya construcción empezó en 1945 en la actual colonia Doctores. El ingeniero Fernando Saldaña Galván concibió esta obra imponente con la intención de que fuera un lujoso complejo de 600 habitaciones y uno de los más emblemáticos de la ciudad y, por lo mismo, su arquitectura ecléctica terminó siendo una mezcla de estilos, con la única intención de evidenciar el lujo y la posibilidad de derroche.

Un edificio de estilo barroco, neoclásico, gótico, colonial, con detalles del *art nouveau* y el *art déco* en la estructura y murales de Roberto Cueva del Río y esculturas de Rómulo Rozo en su interior que hoy, luego de ser sede del Instituto Nacional para el Desarrollo Comunitario y Vivienda Rural, es una mera reminiscencia de un sueño que no pudo llevarse a cabo.



FOTO: X: @CVILLASANAS

Arquitectura orgánica: El refugio original



CUENTA LA ARQUITECTA Y COLABORADORA DEL estudio de Javier Senosiain, Adriana Cerón, que el exponente mexicano de este estilo arquitectónico habla mucho del significado y las implicancias sociales de las cajas y la figura cuadrada.

Cuando nacemos –plantea– nos meten a una incubadora o a una cuna. Estas son las primeras cajas cuadradas con las que interactuamos. Luego, nuestras exploraciones incipientes se dan en nuestras casas, que también suelen ser construcciones cuadradas. Pasan los años y pasamos por marcos de puertas igualmente cuadrados y abrimos y guardamos recuerdos en cajones cuadrados. De adultos, vamos a la oficina, otro espacio cúbico, y encontramos nuestras principales fuentes de entretenimiento en dispositivos (o pantallas) cuadradas. Pasamos de una a otra, hasta el momento en que morimos y terminamos –paradójicamente– en la última de estas cajas cuadradas. Con esas estructuras, según reflexiona el arquitecto, perdemos libertad de movimiento, creatividad y espontaneidad.

Es por eso, principalmente, que las construcciones de Javier Senosiain –uno de los máximos exponentes de la denominada arquitectura orgánica mexicana, junto con Juan O'Gorman–, proponen otros volúmenes y formas, más parecidas a las que se encuentran en la naturaleza.

Desde sus primeros acercamientos a la bioarquitectura, en los años 70, y teniendo de referentes a Antonio Gaudí y Frank Lloyd Wright, las formas por las que optó fueron circulares, esféricas, y amables. Un corte, en cierto sentido, con la geometría, la estructura y el uso de la línea recta que se venía promulgando desde las corrientes racionalistas y la escuela de la Bauhaus.

“Todo lo que podamos ver o imaginar, desde el macrocosmos al microcosmos, pasando por las galaxias hasta las células de nuestros cuerpos, es curvo o gira en espiral”, dice Cerón. “La intención de Senosiain de crear espacios distintos y abrirlos al público, es justamente la de brindar instancias que puedan despertar la curiosidad, los sentidos y la capacidad de asombro”.

Y en eso, el **Conjunto Satélite**, construido en 1995 en un predio de 30 metros cuadrados en Naucalpan de Juárez, Estado de México, es un claro ejemplo. Podría parecer una construcción antigua, de la época de las cavernas, o incluso futurista, dependiendo de dónde se ponga el énfasis. Pero lo cierto es que esa misma ambigüedad temporal, y esa posibilidad del juego, es la que propone intencionalmente Senosiain, más que situar –o encasillar– su obra en una sola época.

La premisa básica de la arquitectura orgánica es la de crear espacios que armonicen la relación entre el ser humano y su entorno, tomando en cuenta la naturaleza y el medio ambiente como parte integral de todo el ecosistema arquitectónico. Una suerte de reintegración del ser humano a lo más esencial, explica Cerón.

“Gaudí decía que para ser original hay que volver al origen. Para nosotros, el origen es el vientre materno. Aunque no lo recordemos, esa es la primera noción y percepción de espacio que tenemos. Con la arquitectura orgánica, lo que se busca es crear espacios semejantes, para así recrear la sensación de refugio que tan difícilmente volvemos a encontrar”.

¿Qué diferencia a la arquitectura orgánica mexicana?, le pregunto. “Principialmente el uso de los materiales, como las piedras, y en general la denominada plástica mexicana, que se caracteriza por una volumetría pesada. Senosiain explica que esto tiene que ver con la presencia de las montañas, tan representativas de nuestro territorio. De ahí que los indígenas replicaron estos volúmenes creando las pirámides. Luego, en la época colonial, se hicieron catedrales y conventos, que también son constitutivos de arquitecturas pesadas. Esa volumetría robusta siempre ha estado presente”.

CDMX:
UN OASIS
-AÚN DE PAPEL-
PARA LAS DISIDENCIAS
LGBTIQ+

Por: Jonathan Silva. Ilustraciones: Luis Montes de Oca

La CDMX se ha colocado a nivel internacional como una ciudad a la vanguardia en la procuración y protección de derechos humanos y en especial para colectivos LGBTIQ+. Sin embargo, en la vida diaria vemos a muchos grupos y personas quedarse fuera en el acceso a los programas o avances legales.





N febrero de este año la presidenta, Claudia Sheinbaum, destacó que “México es un país que está de moda”, refiriéndose al aumento de visitantes internacionales en comparación con años pasados, pero también sabemos que esta llamada *moda* se refiere al fenómeno de migración que se manifiesta como efecto de la pandemia por COVID-19 que aún se vive en el mundo. Desde hace más de 10 años, pero, sobre todo en los últimos cinco años, la CDMX ha vivido procesos de transformación urbana que han impactado en la vida cotidiana de las y los llamados chilangos.

México ha sostenido una política de *hospitalidad* desde hace varias décadas. Sin duda, México y la Ciudad de México son reconocidos a nivel internacional por esta visión que se traduce en posibilidades de vida para personas en situación de desplazamiento forzado o que encuentran en el país ofertas legales, políticas, culturales y sociales que les acogen y reciben.

Dando clases de psicología, este semestre, mientras leímos algunos capítulos de *La expulsión de lo distinto* de Byung Chul Han, una alumna expresó: ¡Qué orgullo lo que representa la CDMX hoy en materia de derechos! A lo que otra respondió: “La verdad sí, que chido ser mexicana estos días.” Esta emoción contagiada se vive y transmite cuando vemos titulares en varios idiomas que hablan de la “magia” que tiene la CDMX,

de cómo una influencer estadounidense con millones de seguidores documenta en vivo la forma en que va descubriendo y enamorándose de la ciudad. ¡Vaya, que nuestra presidenta hable de México estando de moda! Sin embargo, lo que resulta importante es cuestionarnos si realmente lo atractivo de la CDMX radica en los derechos que puede brindar a todos, todas y todes. Si es cierto, que la percepción de avances legales y aceptación social se sostiene en una ciudad con 9 millones de habitantes (sin tomar en cuenta la zona metropolitana). Más allá de lo controversial que puede resultar pensar y discutir la gentrificación o las caravanas migrantes (sobre todo con el reciente anuncio de ACNUR México que debido al recorte de presupuesto internacional cierra cuatro oficinas en nuestro país), se ha llegado a nombrar a la CDMX no solo como la *ciudad de la esperanza* si no también como un oasis para poblaciones de atención prioritaria que reconocen el compromiso y esfuerzos en la protección y promoción de derechos humanos, especialmente de derechos LGBTIQ+.

En México, la discriminación por orientación sexual e identidad de género está prohibida constitucionalmente y el matrimonio igualitario es legal en todo el país. Además, muchos estados han aprobado leyes que reconocen la rectificación de la identidad de género en los documentos legales. La CDMX, por su parte, ha sido un espacio de refugio para poblaciones queer y disidentes de todo el país y, recientemente, de otros países. Tiene una larga historia de activismos y contracultura; además de una escena artística y académica que lucha por incluir y normalizar los discursos sobre género y sexualidades de manera visible y accesible. Es decir, teóricamente, suena y se lee como ese llamado oasis de derechos, de posibilidades de vida; pero ¿en la práctica se vive y practica así?

Además de ser docente de psicología, soy psicoanalista. Dentro de la práctica privada, en la que llevo más de 15 años, me he visto implicado en el alojamiento, acompañamiento y recepción de

infancias, adolescencias y personas trans, buscando la creación de espacios seguros para la subjetividad y la escucha. En 2018 me contactó una familia mexicana que vive en Texas, me buscaron para acompañar desde un proceso terapéutico a su hija trans adolescente quien vive dentro del espectro autista. La familia estaba consciente que querían trabajar de la mano con alguien que les acompañara varios años y que les ayudara a tomar decisiones importantes a las que se enfrentarían. Así lo hicimos, pasando por procesos legales y médicos a los que en ese entonces había acceso en Estados Unidos. En 2022 las leyes del estado comenzaron a cambiar y retroceder en algunos derechos que se habían ganado en Texas sobre todo para los colectivos LGBTIQ+. Recuerdo una ocasión en la que me marcaron para decirme que el endocrinólogo con el que habíamos logrado formar un equipo multidisciplinario tenía que dejar de acompañarnos, porque ahora la ley le prohibía continuar dando tratamientos y seguimiento médico para su hija. De manera velada, pero desde la ética, este médico les sugirió buscar opciones en México en algunos consultorios específicos que él mismo aconsejó. Esto pasó hace tres años, comenzó por un estado de los Estados Unidos; hoy, esto es lo que está pasando en el resto del país, obligando a familias y personas a buscar espacios en otros lugares de residencia que reconozcan sus derechos. Hace tres años, esta familia decidió continuar el proceso de transición de su hija, viajando a México donde tenían acceso a un tratamiento digno para el reconocimiento de la identidad de su hija.

Sí, sabemos que la mayoría de personas que han migrado de Estados Unidos a México lo han hecho bajo el título de “nómadas digitales” o por el hecho de encontrar en nuestro país la posibilidad de una vida más barata o algunas oportunidades de inversión. Ese debate debemos dejarlo para otro momento. Hoy, la pregunta que nos hacemos aquí tiene que ver con las personas que han migrado en búsqueda de un país que reconozca, procure y vele por sus derechos.

A diferencia de algunos países de Centro y Suramérica o de varias entidades conservadoras de Estados Unidos, la CDMX ha estado gobernada por plataformas progresistas desde los años 90, con una fuerte tradición de políticas públicas orientadas a los derechos humanos. Esto ha generado instituciones y programas específicos para la población LGBTIQ+ como clínicas especializadas, albergues, refugios y programas de inclusión laboral. Es decir, los avances en derechos y la aceptación social son evidentes, tangibles.

Platiqué con Rosie y Javier, quienes actualmente son parte del programa de acompañamiento psicosocial dentro de Casa Frida (refugiolgbt.org), que es un refugio para personas LGBTIQ+ que han sido expulsadas de sus lugares de origen por su orientación o identidad sexual. Rosie es una mujer trans que viene de Venezuela y Javier se identifica con los pronombres él y elle, nombrándose gay y orgullosamente guatemalteco. “La cultura mexicana es un poco más abierta, en esta ciudad hay personas que no siguen el mismo ritmo tuyo, incluso si eres parte de la comunidad LGBT, pero no son, no somos, tan señaladas como en otros países. Yo vengo de otro país, de Venezuela, y es un país muy homofóbico a diferencia de México, aquí si tienes muchas oportunidades, hay de todo, aquí en México; creo que no tanto en la comunidad sino en cualquier ámbito artístico en lo que tú quieras hacer y emprender aquí en México, que es muy, muy, satisfactorio”, comentó Rosie. Por su parte, Javier relata que la CDMX ha sido una ciudad que le ha abierto las puertas tanto en la aceptación como en un desarrollo social. “No me he ocultado ante nadie y he sido feliz con mi sexualidad y para andar en la calle libremente sin que la gente me juzgue, eso es lo que más me gusta.”

Aunque la recepción en términos de aceptación social para Rosie y Javier han sido un aspecto importante para sentir que la ciudad les recibe y aloja, sus historias de desplazamiento no solo tienen que ver con su orientación

o disidencia, los factores que les llevaron a migrar son más complejos que buscar poderse vivir desde un marco de derechos LGBTIQ+. La hospitalidad política que México y la CDMX ofrecen está atravesada por varias luchas como los feminismos, la descolonización, el racismo y la migración, por lo que, para muchas personas racializadas del sur del continente, sí hay una diferencia en nuestro país comparado con sus lugares de origen. Sin embargo, llamarlo oasis o exaltar estos derechos logrados por las luchas de varias décadas no es suficiente o sería tratar de tapar el sol con un dedo.

Ricardo Baruch, presidente de la Asamblea de Conapred, resalta que pensar a la CDMX como un territorio progresista no puede hacerse sin señalar el origen mercantil que tuvo. El hecho de que hubiera personas dispuestas a invertir en bares, lugares de encuentro, o de espectáculos para la comunidad, es decir, en cultura, etcétera, hizo que, justamente, esta mezcla de realidades de gente de todo el país, que convenían encontrarse acá, creara

un ambiente propicio para generar espacios específicos. Es decir, que este espacio “seguro” para muchas, muchos y muchas surgió de los intereses económicos de encontrar en el mercado rosa un potencial que genera, por un lado, beneficios para los colectivos LGBTIQ+ y por el otro consecuencias importantes. “Hay que reconocer que, si bien existe esta apertura, hasta la fecha vemos que no está necesariamente funcionado del todo en la vida diaria de muchas personas; la CDMX sigue siendo una ciudad con mucha violencia, con mucha discriminación, a pesar de que hemos tenido unos avances legales muy fuertes”, acota Ricardo Baruch.

Rosie describe como la Ciudad de México sí brinda oportunidades: “El problema de nosotras las chicas trans es el proceso legal. Si eres migrante creo que se te va a hacer muy difícil, se dificulta un poco más. En mi experiencia, el conseguir un trabajo digno se hace un poco extremadamente difícil, el conseguir viviendas, el conseguir rentar porque aquí en México me parece que es un poco complicado.”





“En un país como México el punto más complejo es que las leyes existen, pero la cercanía y la difusión de nuestros derechos y nuestras obligaciones se encuentra politizado o se ejerce de manera muy punitiva”, comentó en entrevista el doctor Óscar Jaimes, especialista en infecciones de transmisión sexual certificado por la Asociación Mexicana de VIH.

Las personas que pertenecemos a los distintos colectivos LGBTIQ+ y vivimos en la CDMX contamos con derechos, programas y accesos que en papel establecen vidas vivibles desde un paradigma social y de derechos humanos, pero en la vida diaria no es así para todas, todos y todes, como se plantea en los documentos y tratados firmados a nivel internacional por México. Quienes acceden y ejercen estos derechos son personas con privilegios, dejando fuera a las personas racializadas que tienen que priorizar el acceso al trabajo que les permita una vida digna. Pensar a la CDMX como un remanso de paz para las disidencias se vuelve un acto irresponsable y sesgado que excluye a muchas personas que se enfrentan a la violencia de un sistema que solo puede acogerles en papel. Óscar Jaimes es enfático en pensar que la sexualidad definitivamente atraviesa

una politización, los cuerpos están politizados y eso hace que la ejecución de los propios derechos sea algo bastante complejo. Y es que, como diría Judith Butler, hay cuerpos que importan para un sistema y esto conlleva que existan, a su vez, vidas habitables y vidas invisibles. Para Javier, vivir con un diagnóstico de VIH ha hecho que se le cierren puertas, le ha hecho sentirse marginado aún sabiendo que la discriminación por VIH está prohibida en la CDMX. “Puedes tener un trabajo y cuando les dices tu situación, algo cambia o de inmediato te corren”, comentó.

Hay que dar proporción a los derechos ganados y ver cómo solo pocas personas acceden a ellos: los más privilegiados. “En un tiempo se buscó nombrar a la CDMX como la capital de la diversidad”, narra Ricardo Baruch, “pero eso tiene un trasfondo y además se nos olvida que solo las personas más privilegiadas de la ciudad son quienes disfrutan estos derechos, y no necesariamente todas tienen el acceso. La banda privilegiada es la que puede tener más acceso a este tipo de espacios, son quienes pueden irse de antro el sábado en la noche, también pagar un boleto para ir a ver una obra de teatro de temática LGBTIQ+ en algún teatro de la Roma o poder salir de

viaje a un destino LGBTIQ+ friendly; a veces se nos olvida que en realidad también es un tema de clase”, subrayó Baruch. Esta banda privilegiada, como la nombra, incluye personas que vienen de Estados Unidos, Canadá y Europa, banda que cuenta con el capital para garantizarse el acceso a las oportunidades que da la CDMX para las disidencias. No podemos negar que los derechos de la Ciudad de México representan un avance importante, así como no podemos negar que quienes acceden a ellos son personas con privilegios, pero que siguen siendo parte de una minoría que lucha por el reconocimiento de su diferencia y que requiere garantizar lo que le permita hacer su vida viable. La gente que llega a la Ciudad de México o a nuestro país, buscando garantizar sus derechos y haciendo valer la hospitalidad de la que nos jactamos, aunque en otras circunstancias, es también migrante, es también vulnerable. Las experiencias disidentes, las experiencias lésbicas, gay, bisexuales, queer o trans, tienen un común denominador que es pertenecer a un sector social que excluye y tiene que luchar por el reconocimiento de sus derechos y forma de vida. En palabras de Jorge Reitter, psicoanalista argentino, estas experiencias se ven permeadas por el clóset y la injuria. Ser una persona disidente, implica haber tenido que esconder tu identidad y vivir en constante miedo de recibir violencias, a eso se refiere la injuria que propone. Sí, ser una disidencia con privilegios hace que la experiencia sea muy distinta a la de las disidencias racializadas y empobrecidas, aunque eso no quita que se comparta la lucha.

No podemos comprarnos el imperativo neoliberal de la diversidad y creer que las políticas públicas se encargarán de homologar las experiencias disidentes, porque además ni siquiera es lo que se busca. Se busca el reconocimiento de las diferencias y garantizar derechos y accesibilidad a todas, todos y todes. “¡Nos falta luchar!”, dice contundentemente Óscar Jaimes, “no consideraría que estemos en un oasis,

consideraría que estamos en lucha, que necesitamos encontrar estrategias que impacten en la disminución de violencias y agresión en todos los sentidos, para pedir o exigir la ejecución de nuestros derechos, pero también para que nos escuchen y podamos generar más en espacios seguros”.

Hace varios años, Tanzania logró subir los porcentajes de PIB y generar un impacto directo en el ingreso per cápita de su población, o por lo menos así se declaraba en los números reportados. Hoy sabemos que la explotación del Lago Victoria donde se introdujo la especie Blanco de Nilo o Perca del Nilo ha generado un impacto ambiental irreversible y una polarización en la riqueza del país. Estos efectos, sumamente conocidos y documentados, no se ven en papel. En los registros pareciera que Tanzania está en otro lugar, pero la realidad es distinta y devastadora. No permitamos que suceda lo mismo en materia de derechos LGBTIQ+ en México y la CDMX. Exijamos, como coinciden activistas y especialistas, que se ejerzan y que lleguen a toda la población. Reconocer los esfuerzos y avances es de suma importancia, pero requiere un seguimiento puntual que ayude a que el impacto sea real y no se quede solo en papeles con firmas bonitas que hacen que nuestros gobiernos puedan pararse el cuello blanco.

Digamos con seguridad que hoy por hoy vivimos en una ciudad con un compromiso enorme por brindar derechos a muchas minorías o en palabras de alguna estudiante, digamos con seguridad “qué chido vivir en la CDMX hoy”; pero no bajemos la guardia en cuidar que estos esfuerzos realmente puedan disfrutarse por todos, todas y todes. La lucha es en colectivo, la forma de sumar es sabernos en lucha porque la desigualdad es nuestra realidad. Marchemos, luchemos, hagamos valer nuestra voz.

Al terminar de platicar en entrevista con Javier, le pregunté si se quedaría a vivir en la CDMX o si su estancia sería momentánea y su respuesta inmediata fue: “Quiero quedarme, porque como te dije al principio, me siento a gusto en Ciudad de México y no me he ocultado de nadie. Además, estoy conociendo una persona acá que es mexicano, entonces digo yo, bueno si hay la oportunidad y si llega a suceder que nos llegamos a formalizar nuestra relación, pues creo que aquí me voy a quedar, ojalá que sí.” Y es que, como dijo Kant nadie tiene más derecho que otro a estar en un lugar de la Tierra.



LA PATERNIDAD TAMBIÉN SERÁ DESEADA

Desde cambio cultural y social hasta políticas públicas, para hablar libremente de la paternidad deseada hay que empezar por redefinir las masculinidades.

POR: CRISTINA SALMERÓN



¿Serías padre sin tener una pareja?", esta fue una pregunta muy simple que hice a distintos hombres que han dicho abiertamente que desean muchísimo ser padres. Una segunda pregunta, "¿tu deseo de ser padre es tan grande que seguirías un proceso de adopción para ser padre soltero?". La respuesta unánime a ambas fue: "No".

En las decisiones personales no existen las respuestas correctas o incorrectas. Escuchamos, no juzgamos (como dicen lxs chavxs), pero ciertamente el hecho de que un hombre diga que desea ser padre casi siempre va acompañado de hacerlo en pareja y se asume su deseo de ser padre por el hecho de poder hacerlo al lado de una pareja, mujer, mayoritariamente.

En los movimientos feministas se repite mucho la frase "la maternidad será deseada o no será", aludiendo a la libertad de decidir sobre nuestro cuerpo y nuestra vida, pero ¿aplicaría lo mismo para los hombres "la paternidad será deseada o no será"? Viéndolo con simpleza, suena hasta ridículo, pues históricamente los hombres han tenido mayor libertad para elegir si paternan o no. En un discurso biológico, ellos no gestan y por esa condición podrían verse impedidos para ser padres, pero reducir el problema de la paternidad deseada a lo biológico es una salida fácil a una reflexión tan laberíntica como necesaria.

¿POR QUÉ CASI NO HABLAMOS DE PATERNIDADES DESEADAS?

Ir por cigarros y no volver, ser padres de cada 14 días cuando hay un divorcio, limitarse a ser proveedores, que puedan estar en una familia o matrimonio con hijxs y ser padres ausentes o sí ser ese personaje en su máxima expresión de ausencia física donde hay abandono de funciones y rechazo de la paternidad. Todas ellas son experiencias cotidianas y normalizadas donde las mujeres asumen la carga de la crianza que, deseada o no, tienen que ejercer.

En un intento por recorrer este tema de las paternidades deseadas (del que afortunadamente cada vez se habla más, pero aún no lo suficiente), reconocemos que la vida social y cultural en México ha minimizado el poder expresar el deseo de los hombres de ser padres, estén en pareja o no.

Oscar Godínez Guzmán, sociólogo especialista en perspectiva de género, académico de la UNAM y consultor independiente en el Colectivo Hombres Corresponsables Mx, explica que no se habla de las paternidades deseadas porque no es algo que esté registrado en la configuración de la masculinidad. "Los hombres pueden procrear y dejar hijos regados, tener un sin fin de parejas y eso no está en cuestión porque parece que se da como algo propio de la masculinidad".

En cambio, agrega Godínez, no se habla de las paternidades deseadas porque "cuidar no está en la configuración masculina". De hecho, si se muestra demasiado ese deseo de ser padre y, más aún, no se tiene pareja, se asume que es homosexual.

Para Darío Camacho, Jefe de Unidad de Programa Integral de Trabajo con Hombres en la UNAM, en la medida en la que la paternidad se vuelve deseada es cuando hay un proyecto.

TABUOS, PREJUICIOS Y ESTIGMAS

¿Por qué un hombre querría ser padre si no está en una pareja tradicional? ¿Qué tanto existe la paternidad deseada fuera del matrimonio? En México lo socialmente aceptado es la familia conformada por hombre y mujer heterosexuals, y no se concibe que fuera de esta base existan otras posibilidades, mucho menos los padres solteros.

Si se es padre soltero, lo "normal" es que lo sea porque enviudó, porque la madre está ausente por enfermedad o por un divorcio donde él ganó la custodia. La posibilidad de desear ser padre sin pareja es casi inexistente en el ideal masculino.

"Se ve mucho que los hombres solteros existen porque mamá no está", asegura Camacho, y reconoce: "A los hombres nos dan miedo diversas tareas, como quedarnos solos con bebés, saber si tenemos la capacidad de criar, contar, y esto obedece a construcciones sociales con las que hemos crecido".



De acuerdo con Óscar Godínez, las normas sociales y religiosas han tenido una gran influencia en el machismo y por eso mismo los hombres no lo hablan, no expresan su deseo de ser padres, mucho menos si no están casados. ¿Quién va a cuidar a la infancia si no hay una mujer detrás? La configuración que tenemos está basada en la división sexual del trabajo, en los mandatos de género”, explica.

No existe un chip biológico que diga que los hombres no desean ser padres igual que las mujeres. Lo que existen son tabúes, prejuicios y estigmas.

Está el tabú de vocalizar el deseo. Si dicen que amarían ser padres se les ve como “mandilones” o gays, eso reprime el deseo e impide que no esté presente; eso tiene mucho que ver con los mandatos de género y también con una visión patriarcal de la crianza.

Existe el prejuicio de que ellos no saben cuidar, parece que el cuidado no les pertenece y es cosa de mujeres. Esto ocurre porque la paternidad se vincula al tema de la proveeduría. “Yo no me realizo como hombre solamente siendo padre y siendo responsable de la crianza, sino dando dinero para el sostén de la familia”, explica Darío Camacho.

Un estigma es el tema del abuso y la violencia que se pueda generar hacia

las infancias, un hecho tan real como terrible, pues México ha ocupado el primer lugar en el mundo en abuso sexual contra menores. Casi todos los que violentan son hombres. Eso también está impidiendo que se puedan involucrar en los cuidados, pues no existe la confianza, no se les da la oportunidad. Solo pensar ¿cuántos educadores varones tuviste en tu educación preescolar? Con una realidad tan dura, se ve difícil el avance.

INSTINTO PATERNAL?

“Soy ese que te aguarda sin gestarte, un hombre que se extraña de haber nacido hombre, que viste tu contorno y dobla con cuidado, una por una, sus limitaciones”, escribe Andrés Newman en su libro *Umbilical*, un ejemplo de paternidad deseada. En este diario a su hijo por nacer, el escritor introduce los términos de gozo y realización y no solo de responsabilidad en el ser padre.

En nuestro cotidiano, la maternidad está más asociada con el tema del cuidado, pero eso se está replanteando, de hecho, se ha rechazado que exista el “instinto maternal” como algo biológico. Así como se dice que la maternidad será deseada o no será, que explica que las mujeres pueden desear no ser madres y desarrollarse plenamente,

“Ahí estás, aquí estoy, a un abismo de solo unos centímetros. La forma de estar juntos de los hombres”.
Andrés Neuman, *Umbilical*.

“Los hombres no han aprendido a cuidar porque tal vez tampoco fueron cuidados”,
Darío Camacho, Jefe de Unidad de Programa Integral de Trabajo con Hombres en la UNAM.

también es posible plantear la visión de la paternidad lejos de la proveeduría y cerca del deseo.

Tanto Darío como Óscar son padres, y el hecho de que estudien las masculinidades les coloca en una realidad personal distinta. Ambos saben que la frase “instinto paternal” es por demás rara, es mínima en el universo. A los hombres se les enseña que deben prepararse para ser buenos padres pero haciéndolo desde el estudiar, desde el tener un buen trabajo y ganar dinero, nunca desde el aprender a cuidar, educar, cambiar pañales, poder controlar crisis familiares.

Ser un padre que ha deseado serlo “no es un tema solo de economía, es un tema de saber estar, saber acompañar, saber criar”, recalca Camacho. “Tiene que ver con la división del trabajo que nos hace creer que hay cosas que los hombres no hacemos. Hay un imaginario de lo que implica la maternidad y la paternidad. La idea es ir diluyendo los roles de género”.

Para los especialistas, los hombres no han aprendido a cuidar porque tal vez tampoco fueron cuidados. No fue el ejemplo que recibieron. En este punto, las mujeres han logrado trabajar y cuidar, han asumido el rol de los hombres, pero no viceversa.



POLÍTICAS PÚBLICAS PARA PATERNIDADES DESEADAS

Todos esos usos y costumbres se ven reflejados en los sesgos que hay en la política pública. La más inmediata es la licencia por paternidad, que únicamente dura cinco días hábiles, insuficientes para poder involucrarse en el cuidado y la crianza de un o una bebé.

Óscar Godínez es de los que impulsaron la licencia de paternidad extendida en el IPN, la cual otorga 15 días laborales y consecutivos al nacimiento o adopción de sus hijas e hijos. Es el triple, y aún es un periodo mínimo a los 84 días naturales que tienen las mujeres (un periodo también mínimo si se toma en cuenta que consiste en dejar a un o una bebé de menos de dos meses para volver al trabajo).

A esto se suman otras políticas públicas como baños con cambiadores en la zona de hombres, en las obligaciones de padres divorciados, en apoyos para padres solteros. Todo esto será un asunto pendiente para insertar en el deseado Sistema Nacional de Cuidados.

En el campo de la estadística, también hay sesgos. En el INEGI, al extraer datos sobre el registro de niñxs se toma en cuenta el estado conyugal de las mujeres, pero ese dato no existe en los hombres. Se asume que o está casado o en concubinato.

“Hay una falta de política pública para que los hombres podamos ser padres solteros, un trabajador asalariado solo tiene cinco días hábiles de licencia de paternidad, ya sea hijo natural o por adopción. Tampoco se ve a los hombres como sujetos de derechos: no ejercen las licencias por paternidad porque nos creemos tan indispensables en la vida productiva que no la tomamos, pero la realidad es que cinco días son insuficientes para cuidar de un niño que acaba de llegar a la vida de un padre”, asegura Godínez.

De forma individual, colectiva y desde el gobierno, es importante repensar las paternidades y hablar de este tema que va de la broma al tabú. La paternidad no tendría que ser un mandato, sino un deseo.



LOS JUEGOS DEL HAMBRE

PEDRO REYES

IG: @PITERPUNK

A Eli

Conocí a Eli detrás de la barra del Pata Negra de la Cuaauhtémoc hace poco más de 10 años, cuando en México no se hablaba de la coctelería como se habla hoy, y las cubas eran el camino de siempre. Desde ahí se le sentía como una *bartender* diferente: risueña, dicharachera, chaparrita, de la gente... Nos reencontramos años más tarde, solo que esta vez nos separaba la barra del *omakase* de tacos de Pu-jol. Ahí estaba Eli con la mitad del pelo rapado y la misma sonrisa de siempre, ofreciéndonos pruebas de mezcales y raicillas con nombres y apellidos de pequeños productores. Recuerdo que Andreia Morelli, queridísima amiga, brasileña, quedó sorprendida por el nivel de servicio y narrativa que ofrecía, recalando que Eli personificaba exactamente "el poder de una mujer mexicana".

El tiempo se encargó de reunirnos una y otra vez, cuestión que celebro y celebraré siempre. Eli tomó las riendas de Tlecán, mezcalería y *cocktail bar*, para diseñar la oferta líquida de un concepto prehispánico que ya era bueno, pero al que valía la pena imprimirle profundidad para que se sintiera genuino. Eli se hizo cargo. "Me la he pasado hablando de México mucho antes de Tlecán", recuerda. "Por lo menos llevo 10 años siendo juglar de todo lo que me maravilla de este país. La carta de Tlecán está construida alrededor de elementos que puedan mover la balanza del consumo de agave hacia otros estados

como San Luis Potosí, Michoacán y Puebla". Cada mes, Tlecán presenta 13 destilados distintos. "No tenemos compromiso mas que con la tierra. A fin de cuentas, cuando pruebas agave, estás probando a lo que sabe el tiempo en un pedazo específico de tierra. Y en México, tierra tenemos un chingo".

Eli me prensa del brazo con fuerza por unos 10 segundos. La tensión se va liberando al tiempo que se anuncia el ganador del *Bartender's Bartender Award* en la reciente entrega de los *North America's 50 Best Bars*, celebrados en Vancouver. Mientras se encamina al escenario, mexicanxs, gringxs y canadienses celebran gritando su nombre mientras se proyecta un video de ella hablando de ese México, el suyo. La piel se eriza, el pecho se infla. El *Bartender's Bartender Award* es el único premio que se vota entre lxs colegas de la industria. Es el premio de la gente. Que Eli y Tlecán hayan brillado esa noche habla del momento que vive México, su coctelería y sus destilados, pero sobre todo, de esa figura de mujer mexicana de la que hablaba Andreia: de la madre que vela por los suyos con amor, siempre empoderada, toda sonrisa, todo dar.

En el aeropuerto que nos llevará de regreso a México desde Vancouver, Eli me platica de su siguiente proyecto, que tiene que ver con pulque y antojitos de su natal Orizaba. Y yo, tan fan del pulque y los pambazos veracruzanos —pero más de ella— no puedo más de la emoción.



MISCELÁNEA

JORGE COMENSAL

X: @JORGECOMENSAL

Pegajoso

Esta columna iba a tratarse de otra cosa: el cablerío que obstruye el cielo de la Ciudad de México. Acababa de leer que la alcaldía de Coyoacán ha retirado más de 63 toneladas de cables en desuso y me pareció que esa ingente cantidad de infraestructura inútil podía servir como metáfora propicia para hablar de la mala gestión del espacio público y también de nuestra caótica vida digital. Les juro que iba a ser una columna memorable. Pero no se pudo.

Cuando me senté a escribirla, no podía pensar más que en el calor opresivo dentro de mi estudio. Abrí las ventanas para que entrara el aire fresco, pero lo único que entró fue el ruidero de los camiones, las patrullas, las construcciones, los del fierro viejo, la televisión de los vecinos. Los muslos se me estaban cocinando contra la silla de tactopiél. Al mover las piernas o separar la espalda del respaldo experimentaba una resistencia pegajosa. Fui por un vaso de agua. Regresé. Aunque eran las nueve de la noche, seguía haciendo un calor insoportable.

Yo trataba de concentrarme, pero escuchaba el murmullo burlón de un conjunto imaginario de yucatecos, sonorenses y veracruzanos. Decían que los chilangos no tenemos derecho a quejarnos del calor. Y yo les juraba que no tenía planeado hacerlo, que de hecho

había tomado una serie de fotografías de postes abigarrados de cables para inspirarme en la escritura del otro texto, el que hubiera escrito de no haber tenido que desvestirme antes de sentarme a trabajar.

¿Se puede escribir algo decente en calzones? Dicen que Daniel Sada lo hacía desnudo (me imagino que se acostumbró a traer poca ropa durante su infancia en Mexicali, uno de los lugares más calurosos del mundo). Nunca me había detenido a pensar en la influencia de la vestimenta en el proceso creativo. ¿Será que mis novelas habrían sido muy distintas si no las hubiera escrito principalmente en pijama? Si me pusiera corbata antes de empuñar la pluma, tal vez la reducción del flujo sanguíneo hacia mi cerebro provocaría una literatura más difusa, espontánea, desparpajada y poderosa. No lo sé.

El caso es que no he podido pensar más que en el calor bochornoso de estos días. Me repugna la idea de comprar un aparato de aire acondicionado y con ello aumentar significativamente mi huella de carbono. Se sabe que las grandes urbes son "islas de calor" y el calentamiento global está reclamando este fenómeno. ¿Qué vamos a hacer? Por lo pronto espero que el tiempo refresque con las lluvias y que la próxima columna no se trate de una inundación.

Chilango